

Las Galletas



LAS GALLETAS

ÓSCAR LIAM



PLASSON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2026

© del texto, Óscar Liam, 2026
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2026
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-34-7

DEPÓSITO LEGAL: M-26956-2025

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Saioa Arellano

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Daniela Forero y Ana del Amo

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

*A mi abuela Elva
que es mi luz
por contarme cuentos
y por cuidarme*

«En la memoria está la eternidad guardada
en el susurro de las voces que nunca se apagan».

DULCE MARÍA LOYNAZ

«Contar es darle vida a lo que de otro modo
se perdería en el silencio del tiempo».

ROSARIO CASTELLANOS

1. ¿DÓNDE ESTÁN LAS GALLETAS?

Aquí no se escuchaba ni un susurro cuando llegamos. Solo el ruido del viento y las olas. Aquel día de verdad que no se oía sino el ruido del camión que nos trajo, y luego nuestros pies descalzos pisando la tierra al saltar pa bajarnos. Lo único de lo que sí estoy segura es que en mi cabeza resonaba la voz de un vecino del Norte que se llamaba Fernando:

—¿Ustedes están locas o qué? ¿A qué carajo se van pa allá abajo? En ese Sur no hay sino guirres y corujas, ya verás tú que se las comen los guirres y se van a acordar de mí, las van a descuerar. Bueno, se van a acordar de esto, de su casa, porque no se olviden nunca que su casa es esta.

Verdad era, estaba esto lleno de pardelas, de guirres, de corujas, de pencas, picón vivo, verodes por todos lados y tabaibas. No había calles divididas, ni piche en el suelo, era todo de tierra y arena. Eso fue lo que encontramos, casi un desierto, pero también un pedazo tierra donde vivir. Ya había gente asentada aquí. Ya eran galleteros de segunda o tercera generación, sus abuelos habían bajado de Aldea o del Valle porque eran pescadores, y tenían ellos sus chozas ahí pegadas a la orilla de la mar, donde dejaban las barcas.

Lo que más me llamó la atención al principio fue el nombre, Galletas. Yo no entendía por qué le decían así si aquí no había ni una. Un día me dio por preguntarle al más viejo que estaba en el salón. Me dice siéntate niña, ponte café, que hay recién hecho y escucha:

—Del nombre del pueblo he escuchado yo tantas historias. Me dijeron que hace cientos de años un barco se encalló ahí enfrente del Morro Cubas y venía de Francia cargado de galletas. La mar las arrastró y se quedó todo el bajío cubierto de galletas chiquititas de esas, por eso le pusieron el nombre al pueblo. Otros dicen que se lo pusieron los primeros franceses que llegaron, porque callao en francés se dice parecido a galleta, a guijarro, algo así era. También escuché que es del portugués de la época de la conquista. Cuando llegaron los españoles, también llegaron portugueses, y llamaron a esto Caleta, que tiene sentido, la verdad, y será que con los años se fue convirtiendo en galleta. Es que hay tantas Caletas en Tenerife que no nos íbamos a diferenciar. Los más antiguos decían que los guanches llamaban a este trozo de tierra *Gaña*, a lo mejor de ahí fue cambiando hasta el día de hoy.

El hombre se ve que sabía, no sé si por viejo o por leído, pero conocía toda la historia del pueblo, de la isla y de la conquista. Yo, de todas las cosas que me contó, me quedo con la del barco, yo sé que no, niño, que seguro que eso fue un cuento que se inventó alguien, pero es el más bonito o el que hace más gracia. En el hotel cuando los extranjeros preguntaban por el nombre del pueblo solo le contábamos esa parte, por reírnos y dejarlos creídos nada más. ¿Te imaginas? Toda esa playa llena de galletas.

2. LÁGRIMAS NEGRAS

¿Ya te vas? ¿Dónde vas con pantalón bajo, muchacho? Te vas a guisar con el calor que hace hoy. ¿Sabes a qué me recuerda este turrero?, siéntate aquí un fisquito que hice café. Me recuerda al día que llegué yo a este pueblo, hace ya más de setenta años por lo menos. Que vieja estoy, Jesús... ¿Te conté yo eso ya?

La primera vez que puse los pies en este pueblo debían ser las dos de la tarde o cerca, lo recuerdo por el sol picón como este que hace hoy. Ese día nos fuimos de casa temprano, de nuestra casa del Norte te quiero decir, por lo menos serían las ocho de la mañana, no mucho más tarde de las ocho, no. Éramos tres casas de familia las que esperábamos a que llegara el camión que nos iba a recoger pa llevarnos al Sur. Nos habían dicho que estuviéramos en hora, que el camión no esperaba por nadie. Pues a las siete estábamos mis seis hermanas, mi hermano, mi padre, mi madre y yo, sentadas por fuera de la que fue siempre nuestra casa con todas nuestras cosas encima. Nuestras cosas que no eran más que dos maletas, mira tú.

—¿Ustedes son Los Clarines? Nos preguntó el del camión.

—Nosotros diez, le dijo mi padre señalando pa mis hermanas y pa mí.

—Venga suban, el viaje está pagado, lo pagó Anselmo por adelantado. Me dijo que se lo contara cuando ya estuviesen montados porque si no usted no lo iba a coger, que le dijera que es un regalo de despedida. ¡Arriba!, venga espabilen, que tengo que dar un chorro de viajes hoy por el Sur.

Era un viaje largo, no es como ahora que en un ratito te pones del Norte al Sur de la isla. El camino era por carretera de tierra, brincando piedras, bajando y subiendo barrancos empinados, sí, yo sé que la distancia sigue siendo la misma, que los pueblos no se han movido, pero como en la vida, mi niño, antes te tropezabas con más cosas pa llegar a los sitios. No hablábamos casi, lo único que se escuchaba era el ruido del camión, las llantinas nuestras, y a mi padre: «Cállense, estense calladas, ya están de jaquecosas y todavía no hemos ni llegado».

Bueno, esto no era un pueblo ni era nada, no había sino tres casas de los barqueros ahí a la orilla de la playa, esto era todo campo y todo tierra, eso le decía yo a mi padre, aquí no hay sino tierra seca. Tú mirabas pal frente y solo veías azul y marrón, un cielo grandísimo y la tierra que se te perdía hasta donde llegaba la vista sin un fisco de monte. Venía mucha gente del Norte como nosotras, gente pobre que no tenía trabajo y había escuchado que aquí había de sobra. En el Sur se necesitaban muchas manos pa trabajar tanta tierra. No, no nos miraban mal, no le quitábamos trabajo a nadie porque había pa todos, eso son boberías que se dicen ahora, que los que vienen de fuera buscando una vida vienen pa fastidiar. Llegó mucha gente en aquellos años que vinimos nosotras, y de La Gomera ni te digo. Si te pones a mirar, todos tienen sangre del Norte o de La Gomera en este pueblo.

Nosotras no queríamos venir pa abajo, eso fue cosa del viejo, desde que nos enteramos que íbamos a dejar nuestro pueblo lo

volvimos loco pa que se echara pa atrás, pero qué va, no hubo manera, ahí arriba había mucha hambre. Mira que cuesta dejar toda la vida de uno atrás, la casita, los vecinos que eran como familia, nuestro Norte, mi querido Norte. Ustedes hoy no saben lo que es el hambre. Me acuerdo que vine llorando todo el camino. Me dio tiempo de echar pa fuera toda la pena que cargaba, bueno que si me dio tiempo, entre la polvacera que levantaba el camión y los llantos míos, tenía la cara llena de lágrimas negras.

Pues al llegar el camión nos soltó como a sacos de cemento y ahí mismo nos quedamos. Había que caminar un rato más, hasta donde termina lo que es este pueblo ahora más o menos. No sabíamos ni a dónde íbamos, bajamos de allá mandados por el amigo de mi padre. El hombre del camión nos dijo: ustedes caminen todo diestro por la orilla hasta que vean salones, no hay mucho más, lo van a ver seguro porque no hay otra cosa. Después de un rato caminando ahí estaban todos pegados, los cuartitos donde vivían los trabajadores y sus familias. Decían que uno era pa nosotras. Yo no paré de quejarme y llorar en todo el camino, pero cuando vi donde íbamos a vivir lloraba y maldecía, le eché mil maldiciones al viejo por habernos arrastrado con él. Estese callada, que al final llora de verdad, me decía el viejo, aquí por lo menos vamos a comer y trabajar. En el Norte no es que tuviésemos una casa grande, pero tampoco vivíamos las siete hermanas en el mismo cuarto, aquí sí. Yo pensé pa mí: en ese fisco de cuarto no cabemos, aquí no cabe ni siquiera nuestra pena.

Esperando por fuera de las chozas a que nos dijeran cuál era la nuestra, en la que íbamos a vivir, yo solo pensaba en el pueblito, en el nuestro, no en ese malpaís del demonio y todo ese volcán donde acabábamos de llegar, pensaba en el verde, con sus flores, su montaña, y en el olor a monte. ¿No lo hueles tú en el coche nada más pasar la cumbre?

En el tiempo que estuvimos ahí sentadas hasta que llegó el encargado del salón se acercó un perro, sucio y calladito, oliendo todas nuestras ropas que también estaban sucias y tampoco decían nada. Nadie le hizo caso, nadie miró siquiera pal perro, todas seguían calladas como si no estuviesen ahí. Solo el silencio, pensando, no sé si en el pueblito como yo o pensando en otras cosas. El perro se arrimó a mi padre, lo olió todito como diciendo este no es de por aquí cerca, levantó la pata y le meó todos los pantalones y los zapatos. Yo no me pude aguantar la risa, mis hermanas se aguantaron pero yo no pude, a mí me salió de dentro del alma:

—¿Ha visto, padre, a lo que hemos llegado? Hasta los perros nos mean en este infierno. Allá arriba no había trabajo, pero por lo menos se nos respetaba y los perros no nos meaban.

Yo creo que lo que le dije le llegó dentro porque no se enfadó tanto. Me mandó a callar pero no se puso bravo. Fue tanto lo que lloramos todas; de risa, de pena, de dolor, de recuerdo y hasta de miedo.

3. ABUELA PADESCANSE

¿Viste como llegas tú a veces los domingos? Así medio contento llegaba mi padre los domingos también. Se pegaba toda la semana trabajando, el día libre aprovechaba y salía con los amigos a parrandear. Igual, igualito que tú. Entre semana no bebía ni una gota de alcohol. Bueno, una copita de vino tinto pa comer solo. Pero los días que libraba, agüita. Y siempre alegando, cuando llegaba medio rascado por todo alegaba. Si le decías algo seguía y seguía toda la noche, no se callaba. Mi madre nos decía: «Ustedes cuando él llegue ahora cállense, que él se aburre de hablar solo». Eso sí, nunca faltó a trabajar, por muy tarde que llegara, o por muchos vinos que se bebiera, él siempre era el primero en llegar.

Una noche llegó con ganas de alegar y como nos había dicho mi madre, nadie le contestó. Como si no existiera, como si no nos hirviese la sangre escucharlo. Entró a tientas sin encender la luz, no sé pa qué, no nos despertaba con la claridad pero nos despertaba con las boberías que hablaba. Se pegó más de una hora hablando con la oscuridad, yo creo que no atinaba a encenderla, no era por no molestarnos si no que no daba con la luz.

—Pues será que no hay nadie hoy en esta casa. O no hay nadie o se quedaron mudas. Esta noche me quedo solo en la casa parece. La madre que me parió, coño. Hoy no rechista nadie.

¿Nadie dice nada? Se pegan toda la semana como cotorras y hoy que quiero hablar yo no habla nadie.

Y seguía, no sé qué de su madre y su santa madre, pobrecita mi abuela padescanse. Echando diabluras por esa boca, cagándose en cosas que no tenía que cagarse y maldiciendo lo que no tenía que maldecir. Yo estaba acostada con una prima mía que a veces se quedaba en casa y otras me quedaba yo en casa de mi tía con ella. Me entró una calentura, muchacho. Me dio una rabia esa noche que no se callara, encima que no le hacíamos caso el pesado seguía. Alargué la mano en la oscuridad, sin ver ni saber lo que estaba buscando, cogí lo primero que encontré en la mesa de noche y lo estampé contra la pared, creo que era el mechero que había dejado él cuando entró.

—¿Eso qué fue, carajo?

Nadie contestó. Estábamos todas despiertas pero nos hicimos las dormidas, alguna se puso a hacer hasta ruidos de ronquidos. Mi prima y yo mordiendo la sábana pa que no se escucharan las risas. Estuvo un buen rato preguntando qué carajo había sido eso.

—Pues, ¿qué va a ser? Tu madre, de tanto nombrarla salió a ver qué querías —le dijo mi madre—. Está la pobre mujer descansando, Dios la tenga en la gloria, y tú nombrándola. Y cállese ya, que nosotras también queremos descansar.

Al viejo no se le escuchó más en toda la noche. Ni al día siguiente, ni al otro. Llegaba a casa, comía y se metía en la cama a dormir. Parecía que le habían cortado la lengua, o como él nos decía a nosotras, que se había quedado mudo. Estuvo unos cuantos domingos sin salir de parranda con los amigos. Después de un par de semanas una prima nuestra lo escuchó hablando con su cuñado en el bar:

—Cuñado, yo creo que tengo miedo, la otra noche se me apareció la vieja en casa. No vaya a estar diciendo nada por ahí,

que después la gente se piensa que uno cree en brujerías de esas o que se está quedando loco. Usted cree, ¿no? Si nombras mucho a los muertos aparecen, eso me dijo mi mujer; verlos yo todavía no los he visto, pero estuvo en casa la otra noche. ¡Ay, madre! Perdóneme.

Al tiempo se le fue olvidando, empezó a llegar otra vez los domingos medio alegre, por no decir borracho, Dios lo tenga en su gloria. Llegaba alegando y alegando como si ya no tuviese miedo. Valiente con sus amigos y la guitarra en la mano y empezaba dale que te pego. Pero yo ya sabía, pa callarlo solo tenía que agarrar cualquier cosa y lanzarla dentro del cuarto. Ya ni preguntaba quién o qué había sido, ya tenía metido en la cabeza que era su madre y se metía calladito en la cama, no resollaba más. Ay abuela en padescanse, si usted supiera.